
Las malas noticias

María Angélica Melendi

Sobre un muro de concreto, una muchacha escribe con letras de imprenta. Las primeras palabras que escribió ya desaparecieron cuando completa la frase.

Doce muertos en un atentado en la revista "Charlie Hebdo" en París
08/01/2015

Del 8 al 30 de enero de 2015, la artista escribe cada día, todos los días, un titular elegido en los periódicos de la fecha.

La tensión volvió a las calles de Brasil
09/01/2015

Matan a otro profesor en Acapulco
10/01/2015

Estado Islámico ejecuta a hombre por homosexualidad en Siria
28/01/2015

Siete muertos y 54 heridos por explosión en Hospital Infantil en Cuajimalpa
29/01/2015

Atentado contra mezquita deja más de 40 muertos en Pakistán
30/01/2015

Cada día, una mala noticia es escrita sobre el muro que la devora instantáneamente. Cada día, una cámara fija filma la acción solitaria. La muchacha llega con el pincel y el recipiente con agua, escribe con letras claras la frase y se va. El sol y el cemento hacen su trabajo. No vemos lo que está atrás del muro ni lo que está adelante. Sólo la muchacha y, a veces, un perro. No sabemos de dónde vienen ni adónde van.

Siempre que escribimos lo hacemos con la finalidad de recordar, de arrancar lo escrito del olvido. Logramos lo contrario. Porque, solo lo que fue escrito puede ser borrado. Pero lo que nunca fue escrito no puede ser olvidado porque no puede ser borrado; lo que nunca fue escrito permanece presente, pairando sobre nosotros como un afecto inefable, como un estado de muerte en la vida del espíritu. Lyotard nos instiga a inscribir, en palabras o en imágenes, a no hurtarnos de la necesidad de representar. Insiste, sin embargo, en la diferencia entre conservar la memoria y tratar de preservar, en la escritura, los restos, lo inolvidable olvidado¹.

Marilá Dardot sabe que lo que está escrito puede ser rasurado, borrado, eliminado. Sabe que ni sobre las piedras más duras, ni sobre el papel más blanco, las letras permanecen. Por eso continua escribiendo. En 2002, en el video *Hic et nunc*, una de sus manos borraba las palabras que la otra mano escribía. Esas palabras formaban una lista de acciones que la artista enumeraba como repertorio de trabajo, a la manera de la lista de verbos de Richard Serra. Sobre la superficie blanca, los nuevos trazos se superponían a los rastros sobrevivientes de una escritura borrada.

No permanecen restos sobre el concreto. Las palabras que la artista escribió ya habían sido escritas sobre soportes más eficaces. Por haber sido titulares de primera página, estuvieron en todos los diarios impresos y en todas las publicaciones digitales. Alguien las leyó en la televisión y en la radio. Desaparecieron, también de esos (y con esos) soportes, como si todas las superficies de enunciación fueran de concreto y todas las inscripciones fueran de agua.

El temor a la pérdida, afirma Roger Chartier, obsesionó a las sociedades europeas de la primera modernidad. *Para dominar su inquietud, fijaron mediante la escritura las huellas del pasado, el recuerdo de los muertos o la gloria de los vivos, y todos los textos que no debían desaparecer.[...] En el espacio abierto de la ciudad, así como en el retiro de la biblioteca, en majestad sobre el libro o con humildad sobre objetos más comunes, el escrito tuvo la misión de conjurar la ansiedad de la pérdida*². Pero todo ese esfuerzo crió una nueva amenaza: la de una avalancha textual incontrolable, que nos soterraría con textos sin sentido, con textos falsos o desnecesarios que proliferarían el caos y sofocarían el pensamiento. Por eso hubo que hacer uso del tan temido recurso de borrar, necesario, a pesar de todo, como lo es el olvido para la memoria.

Una muchacha de largos cabellos rojizos está recostada sobre un sillón lujoso y, aunque intenta tapar el rostro con la mano que le sostiene la cabeza, no puede dejar de mirar una carta con bordes de luto que está caída en el piso. La muerte acabó de entrar por una puerta que no vemos y se adueñó, discreta, del espacio agobiante de la residencia burguesa. En la composición circular de la pintura — otro espacio agobiante —, el ínfimo detalle de los listones negros alrededor del papel blanco consigue oscurecer los brillos de las sedas y la luz de los cabellos rojos. La pintura, una de las pocas del siglo XIX expuesta permanentemente en Belo Horizonte, se llama *La mala noticia* y su autor es Belmiro de Almeida.

La mala noticia, así, en singular, algo íntimo o personal, llegaba en esas hojas de luto, encerradas en sobres también enlutados. Las malas noticias — en realidad parece que hoy todas las noticias son malas noticias —, nos alcanzan en los lugares más recónditos. Ya no podemos llorar o desesperarnos en el confortable y ominoso abrigo de la antigua casa familiar. Las paredes se desmoronaron y estamos amontonados y solos en una tierra sin fe.

Una de las grandes paradojas del arte actual son sus condiciones de producción. El *Diario* de Marilá Dardot divulga y publica acontecimientos dolorosos, vergonzosos, malignos. Los videos fueron filmados contra un muro de concreto que evoca otros muros infames y, sin embargo,

nos engañamos. Marilá Dardot escribe con agua sobre la bella pared de concreto de Tadao Ando que divide, paralela a la playa, los espacios de Casa Wabi, en las costas azules de Puerto Escondido, Oaxaca, México. Casa Wabi, en las costas del Pacífico, es un complejo de residencias para artistas, proyectado por el arquitecto japonés, por encargo del artista mexicano Bosco Sodi. Un paraíso de concreto y madera, con hermosos techos de palapas. *Et in Arcadia, ego*.

Sin habitaciones almohadadas, sin sedas o brocados, sin cartas de luto, las malas noticias llegan hasta Marilá Dardot, escondida en Puerto Escondido y ella las escribe (y deja que desaparezcan) en el muro que tal vez no sea un muro y sí un quiebra viento, una pantalla, una tela, un fondo infinito.

Todos conocemos a esas noticias. Asesinatos, ejecuciones, atentados terroristas, cuerpos encontrados en fosas comunes, relatos de puniciones y de impunidades. Un día, un mexicano se convierte en accionista mayoritario del New York Times, otro día, la milenaria cultura yumana, distribuida a lo largo de las montañas y de los desiertos de Baja California y del noroeste de Sonora en México, agoniza en silencio.

Entre tantas malas noticias hay una buena noticia o así lo parece; el 12 de enero de 2015, *Libera Cuba a 53 presos políticos*. El orden sintáctico que pospone al sujeto suena mal, pero, aun así, imaginamos a los 53 liberados presos políticos felices, paseando de brazos enlazados por las calles alegres de La Habana, encontrándose, como quería Julio, en las esquinas liberadas y ... dale mojitos. Cuando en realidad la noticia no dice nada de eso. Más vale un cuartito oscuro y los abrazos compasivos de los amigos.

Marilá escribe. Ya escribió con piedras, con cerámicas, con papel, con cemento, con dados, con plantas floridas. Nunca escribió frases tan duras. Sus textos ya fueron líricos, literarios, divertidos, románticos. El tenor de las palabras sorprende, pero no nos sorprende la delicadeza de su trazado, ni su proyectada y paulatina desaparición. El muro impenetrable devora a las malas noticias, las digiere como digiere al viento del Pacífico y a las arenas de los desiertos australianos, las amalgama en su masa compacta y húmeda. Sin embargo, las imágenes y las palabras de *Diario*, como siempre, aparecen. Y vuelven a desaparecer. Las imágenes duran mucho más que los que las producen, y, entre las rendijas del tiempo, por un momento, iluminan los recintos más oscuros.

¹ LYOTARD, Jean François. *Heidegger and "the jews"* Minnesota: University of Minnesota Press, 1990. p.26.

² CHARTIER, Roger. *Inscribir y borrar Cultura escrita y literatura (siglos XI-XVIII)*. Buenos Aires: Katz, 2006. p.9.